

es tan grande y su gloria tan extraordinaria, que se asemeja al metal hecho ascua. ¿Veis en su seno ese fuego de amor y esa fragua de la divinidad que no puede extinguirse? ¿Notais que está todo inflamado en caridad? ¿Descubris el arco iris que hay al rededor de su trono, figura de la clemencia con que vino á nosotros no para aterrarnos al universo, sino para ser glorificado por los dulces efectos de su infinita misericordia?

VIII. ¡Oh carro y carretero de Israel! diré yo de buena gana y con mucho mas motivo que antiguamente el profeta Eliseo. ¡Oh carro mas reluciente que el cristal, mas brillante que el firmamento, mas santo que todos los altares del mundo y mas alto que el empero! ¡Oh carro mil veces dichoso por haber tenido el honor de llevar al rey de la gloria y contener al que el cielo no puede contener! ¡Oh carro mucho mas admirable que el de Elias, que no fuiste empleado en transportar un hombre mortal á una region desconocida, sino que serviste para bajar del cielo á la tierra á un Dios inmortal á fin de que habitara entre nosotros! ¡Oh carro que eres el trono de todas las buenas almas que pasan de este valle de miseria, á la mansion de la eterna bienaventuranza, recibenos al fin de nuestra carrera para llevarnos al seno de la inmortalidad! ¡Oh conductor que gobiernas el carro del universo con las riendas de tu secreta, pero infalible providencia, y que elevaste el carro de tu gloria, esto es, á tu bienaventurada madre por caminos incomprendibles á los hombres y los ángeles! ¡Oh conductor en cuyas manos están nuestras haciendas y nuestras vidas, todo el bien que podemos esperar, dignate de recibirnos en el número de los que haces pasar entre los diversos azares de esta vida para encaminarlos al lugar donde eres visto y adorado con el Padre y el Espíritu Santo sin ningun término de duracion!

§. XII.—Que Maria es la corona de todos los santos.

I. Bien sé que este es uno de los títulos que la iglesia da al rey de la gloria encarnado; pero tampoco ignoro que es cosa ordinaria en la santísima Virgen como madre, esposa y reina gozar de los títulos y privilegios del rey su esposo y su hijo: además me veo autorizado por muchos santos padres que la honraron con ese nombre. S. Efrén en un discurso compuesto en alabanza de esta señora la llama la corona de las vírgenes y de todos los santos. S. Bernardino de Sena la llama la gloria y la corona de los justos (1). S. Buenaventura explicando estas palabras del salmo LXIV: *Benedicirás la corona del año de tu benignidad*; observa (2) que podemos distinguir tres clases de años muy diferentes entre sí. La primera es el año de paciencia, la segunda el de justicia, la tercera el de benignidad. La primera es para los que son ejercitados en este mundo, la segunda para los que son castigados en el otro, y la tercera para los que son premiados en el cielo. La primera se compone de días y de noches: la segunda tiene una noche continua sin día, y la tercera un día continuo sin noche. Los días y las noches del primer año son los buenos y los malos que andan la carrera de su peregrinacion mortal: las noches sin día del segundo son los pecadores atormentados en el centro de la tierra; y los días sin noche del tercero son los justos premiados en el cielo. En el primero son probados los buenos y los malos confundidos: en el segundo los malos separados de los buenos son castigados para siempre: en el tercero los buenos apartados de la com-

(1) T. 2, serm. 54, art. 2. (2) Speculi B. Virg., capite 12.

pañía de los malos son coronados eternamente. La bienaventurada Virgen es la corona de este tercer año de benignidad; digo la corona de todos los días de este año, porque es la corona de todos los santos de que se compone este año. Con efecto así como la corona se coloca sobre la cabeza del vencedor, de la misma manera la Virgen está sobre la cabeza de todos los santos, porque es mas ensalzada en gracia y en gloria que todos ellos. Y aunque hablando con propiedad, el Salvador es la corona mas alta y resplandeciente de los santos, Maria es su segunda corona puesta inmediatamente debajo de su hijo. Todo esto es de S. Buenaventura.

Dos significaciones principales de la corona.

II. Para tratar esta materia como conviene, desearia yo se tuviese en cuenta que la corona se ha empleado en todo tiempo para significar dos cosas principalmente, el honor y el regocijo. Del primero entiendo lo que está escrito en el capítulo V de las Lamentaciones de Jeremias, donde el rey Josías es llamado la corona de la cabeza de Israel, é igualmente los otros lugares donde se dice que la mucha experiencia es la corona de los ancianos (1); que la corona de los ancianos son sus hijos y la corona de los hijos sus padres (2); que la mujer diligente es la corona de su marido (3); y que los justos serán la corona de gloria en la mano del Señor y la diadema del reino en la mano de su Dios (4). Al segundo refiero las coronas de oro con que fue adornada la fachada del templo, quando Judas Macabeo mandó celebrar con una solemnidad singular la dedicacion del nuevo altar erigido por él (5), y generalmente todas las coronas que los antiguos usaban

(1) Eccli. XXV.

(2) Proverb. XVII.

(3) Ibidem XII.

(4) Isai. LXII.

(5) I Macab. III.

en los juegos y en los banquetes públicos y particulares. He querido notar esto para dar pie á este discurso, en el cual debo de manifestar que la madre de Dios es llamada la corona de todos los santos por esos dos títulos; es decir, porque es el honor de todos ellos y el regocijo de la ciudad santa.

La virgen es el honor del cielo y de los santos.

III. Digo que la Virgen es el honor del cielo y de los santos y lo digo con el Salvador, que la llamó la gloria de los ángeles y todos los santos, segun sabemos por las revelaciones de santa Brígida. El que instruía á ésta viuda bienaventurada, le declaró un día cómo Dios después de haber precipitado en los infiernos á los ángeles rebeldes y haber confirmado en gracia y en gloria á los que perseveraron fieles, hizo ver á estos maravillas en el espejo de su divina faz. Con efecto les descubrió el principio de todas las cosas y la soberana esencia, de quien tienen la sabiduría, la agilidad, la fortaleza y todas las otras dotes que poseen. Además les aseguró que las sillas vacantes por la desobediencia de los espíritus rebeldes serian ocupadas un día por los hombres obedientes. Hizo reparasen en un trono que estaba elevado sobre todos los suyos á una distancia casi infinita; de suerte que les pareció casi imposible que hubiese otro mas cercano al trono de la majestad que él, y al mismo tiempo les dió á entender que aquel asiento estaba preparado para la madre del Verbo encarnado. Sobre ese mismo asiento descubrieron una corona tan resplandeciente, que conocieron que después del rey de los reyes, honor y gloria del cielo, de nada recibia el paraíso mas esplendor y belleza que de aquella corona y de la que debia ceñirsela á sus sienes; y les fué advertido que la gloria que redundaba á Dios por haberlos criado, comparada con la que recibia de

esta noble criatura, no era mas que una chispa de lumbré en comparacion del sol. De esto sintieron tanto gozo, que eclipsó todo el que la memoria de su propia creacion podia haberles causado.

IV. Otra vez el mismo ángel hizo ver á esta santa el trono de Dios rodeado de coronas, entre las cuales habia tres de que su majestad parecia recibir mas honor y satisfaccion que de todas las otras. La primera era el poder con que habia criado á los ángeles en un estado de gracia y hermosura, de que habian caido por su propia culpa. La segunda la bondad con que habia producido al hombre en el estado de inocencia, del que fué derribado bien pronto así por su desobediencia como por la astucia de Satanás; y aunque el uno y el otro habian sido hechos para la gloria de Dios y se habian desviado del fin á que estaban destinados, la santa conocia claramente que su desgracia no mancillaba en nada el lustre del poder y la bondad de Dios, y aunque se hubiese oscurecido en algo, la tercera corona, que era la infinita sabiduria con que Dios habia preparado á la Virgen para restaurar las ruinas de los otros, tenia tanto esplendor, que podia reparar todo aquel estrago.

V. Estas coronas me traen á la memoria otra cuarta que fué mostrada á la misma santa, si no es mas bien la misma representada mas distintamente. Veia la santa á la madre de Dios vestida de una túnica de tela de oro mas resplandeciente que el sol y de un manto azul sembrado de estrellas. Llevaba la cabellera suelta á la espalda y en la cabeza una corona imperial con siete hermosas azucenas interpoladas de otras tantas piedras preciosas. Entonces S. Juan Bautista, que estaba junto á la santa viuda, le manifestó que la túnica de tela de oro denotaba la ardiente caridad de la Virgen; el manto azul la estimacion que habia hecho siempre de las

cosas celestiales y el desprecio de las perecederas; las siete azucenas su humildad, su temor filial, su obediencia, su paciencia, su constancia, su mansedumbre y su misericordia; las siete piedras preciosas el poder de excelencia que le fué comunicado que contiene en grado eminente las virtudes y calidades de todas las criaturas; la incomparable pureza que la hace singularmente amable al rey del cielo, admirable á los ángeles y á los hombres y terrible á los demonios; la sin igual hermosura por la que Dios es glorificado continuamente en el cielo y los bienaventurados llenos de regocijo; su maravillosa sabiduria que no da menos resplandor á los santos que el sol á las piedras preciosas, sobre que caen sus rayos; su fortaleza incomparable, que puede derribar en un instante todo lo que se opone á sus designios y elevar todo lo que juzga digno de honor; su gran claridad, que es como un manantial de luz que se derrama por todo el paraiso; en una palabra la plenitud del gozo de que está tan llena su bendita alma, que refluye sobre todos los amigos de Dios. Así con justísimo título la llama S. German la corona de gracia y la diadema de hermosura (1).

VI. ¿Quién podrá pintar dignamente el esplendor y la gloria que todo el cielo recibe de esta obra acabada de gloria? Seria necesario haberlo visto para decir algo, y aun creo que el que hubiera tenido esa dicha, enmudeceria de admiracion. La corona adornada de piedras preciosas no da mas gracia á la cabeza que la ciñe, que la Virgen causa honor y hermosura á cada uno de los bienaventurados. El sol no es nada respecto de las estrellas en comparacion de lo que ella es respecto de los ángeles. La luna no es tan gloriosa cuando hace

(1). Orat. de nativ. B. Virg.

su carrera entre los astros en una noche clara y serena, como la madre de Dios parece admirable y majestuosa en medio de los santos que son otras tantas joyas de su real corona. Sí, los santos, son otras tantas joyas engastadas en la corona de la reina del cielo, porque si el bienaventurado Simeon Saló estando para espirar fué convidado por un ángel para ir á recibir no una corona, sino tantas coronas como almas había enderezado por el camino de la salud eterna, ¿qué habremos de creer de la madre de Dios, que abrió el paraíso á todos aquellos á quienes redimió el Salvador con su preciosa sangre? El abad Ruperto está admirable cuando aplica á la madre de todos los hijos de salvación aquellas palabras del esposo de los Cantares: «Ven del Libano, esposa mia, ven del Libano; ven, serás coronada de la cima de Amana, de la cumbre de Sanir y de Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos (1).» A juicio de aquel doctor es lo mismo que si dijera: los reinos de este mundo son otros tantos montes que sirvieron de guarida á los leones y leopardos, es decir, á los demonios y á las potestades del mundo, que no cedieron nada en fiereza á esos animales carnívoros; no obstante con la punta de esos peñascos ha de ser enriquecida tu corona, porque por medio de la creencia que tendrán en aquel que llevaste en tus sagradas entrañas, serán convertidos en piedras preciosas y verdaderos diamantes del paraíso. Su conversion será tu corona, de suerte que serás en el cielo la reina de los santos y en la tierra la reina de todos los reinos del universo, y donde quiera que se cante al rey de la gloria tu hijo lo que cantaba David: que fué coronado de gloria y honor y constituido sobre todas las

(1) Cantic. IV, 8.

obras de sus manos; se publicará igualmente que eres la madre y la esposa de este rey coronado y por consiguiente la reina del cielo y de todos los reinos que le están sujetos. En esta consideracion los monarcas pondrán sus coronas á tus piés y te consagrarán sus palacios y estados, cesando así de ser lo que eran, es decir, cavernas de leones y leopardos.

La virgen Maria es el gozo de los santos.

VII. Si la Virgen es la corona de los santos por ser su honor y su gloria, no lo es menos por ser su delicia y gozo. A esto aludia el mártir Metodio cuando la llamaba nuestro gozo inefable (1): en esto pensaba S. Gregorio Nazianceno cuando la apellidaba la alegría de los hombres (2); S. Efren el recreo de los santos y el excelente ornamento de las jerarquías celestiales (3); S. Ildefonso el galardón inefable de los bienaventurados, que los mas visibles del pueblo de Dios consideran conticuamente sin poder hartarse de verle; S. Buenaventura el solaz, el gozo y el sumo bien de los ciudadanos del cielo despues de Dios (4). Esto movia á S. Ildefonso (5), á S. Anselmo (6), á Sofronio (7), á S. Pedro Damiano (8), á S. Bernardo y á otros muchos á decir que el día en que la Virgen entró en el cielo, colmó de gozo las moradas del paraíso, y que los sentimientos de este regocijo sin igual pasaron hasta la iglesia militante, la cual renueva anualmente la memoria de aquel día: que entonces el Salvador del mun-

(1) Orat. in Hypapante. (5) Serm. 2 de Assumpt.
 (2) Tragœd. de Christo p- (6) De excellentia Virg.,
 tiente. cap. 8.
 (3) Orat. de laudibus Virg. (7) In cantico: Te matrem
 (4) Lib. de virginitate Ma- Dei laudamus.
 ria. (8) Serm. de Assumpt.

do erigió su tabernáculo en medio del sol y se dejó ver de todos los de su casa mas gozoso y contento que el esposo en su tálamo nupcial: y que el cielo recibió un nuevo astro y un aumento de júbilo inexplicable. Esto hacia decir á S. Buenaventura (1) que no es el menor privilegio de la madre de Dios el ser objeto del mayor gozo de los bienaventurados en el cielo despues de su amado hijo y de la Trinidad augusta. Esto hacia decir al devoto Cesáreo que así como entre las criaturas ninguna iguala en santidad, en dignidad y en excelencia á María, así de todos los contentos que los santos reciben en el cielo, fuera del gozo de Dios, ninguno se aproxima al que les causa la vista y presencia de la reina de los ángeles. Esto hacia decir al docto Francisco de Mairon, llamado en su tiempo el doctor iluminado (2), que la estrella matutina prometida á los vencedores en el capítulo II del Apocalipsis no es otra que la vision de la benditísima faz de la virgen María (3).

VIII. Si oimos hablar al profeta Isaias, no parece sino que vino del paraíso para describir la magnificencia de la casa de Dios. «Sus ojos, dice, verán al rey en su hermosura (4).» Dios mismo en el capítulo VI de los Números prescribiendo á Aaron y á sus hijos la fórmula con que habian de bendecir al pueblo, no halla cosa mejor que desearles que esta: El Señor os muestre su rostro, os llene de sus bendiciones y vuelva hácia vosotros su cara.» Al contrario el mismo profeta Isaias increpando al impio que profana los lu-

(1) Specul. B. Virg., c. 16.
(2) Serm. de creatione animæ Virginis.

(3) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Este es el sol menor acompañado siem-

pre y fortalecido por el mayor y colocado ventajosamente en el firmamento de la gloria, donde le contemplan á su gusto las almas santas.

(4) Isai. XIII.

gares santos, le dice estas terribles palabras: «Atrás el impio; nunca sea admitido á ver el glorioso rostro de Dios.» A la verdad la vision de esta adorable faz es lo que hace la gloria del cielo: en ella encuentran los santos colmados sus deseos, y cuanto mas la contemplan, mas desean contemplarla. Esa es su suma felicidad, y si pudiera caer una sola gota de ella en los infiernos, al punto los convertiria en un paraíso. No obstante nuestro gran Dios despues de haberlo dado todo dándose á sí mismo quiso aun mostrar fuera de sí un rasgo de su grandeza poniendo en medio del cielo dos luminares y dos rostros tan acabados (hablo de los de la sacratísima humanidad del Verbo y de la virgen María), que la sola vision de estos dos objetos arroba á los bienaventurados y los hace olvidar cualquier otra hermosura criada.

IX. Cuando presentaron al rey Luis XI de Francia el retrato de la infanta doña Juana de Portugal, cuya mano pedia para su hijo Cárlos el delfin, así que le vió, se hincó de rodillas y adoró la infinita majestad de Dios, que habia producido una imágen tan parecida de su suma hermosura. Yo he conocido á un señor ilustre, que habiendo visto la efigie nuestra señora de la Anunciada de Florencia solia decir despues que una de las cosas por que se le hacia insufrible la idea del infierno, era por estar privado para siempre de la vista de aquella cuya pintura sola le habia robado el corazón. Y si el retrato de una criatura pereziera ó mejor dicho de una belleza mortal tiene tanta influencia en nuestro ánimo; ¿qué será del original, cuyo menor atractivo no pueden retratar todos los pintores del mundo? Es cosa terrible decir á uno que no verá nunca la cara de Dios: esas solas palabras comprenden todo cuanto puede abismar á una alma en un piélago de dolor y desesperacion: de mi confieso que no sé qué haria si

fuera el desgraciado sobre quien cayese ese rayo. Ni aun quiero llegar á ese extremo: con solo que me dijese: Nunca jamás verás el agradable rostro de la madre de Dios; protesto que desde entonces aborreceria mi vida tanto como el infierno y que nada sería capaz de contener mis lágrimas y sollozos. Entregado al dolor pasaria el resto de mi vida en alguna cueva oscura siendo víctima del pesar mas profundo.

X. ¿No habrá aqui algun pecador empedernido que dé oídos á mis temores y considere profundamente que acaso le amenaza esta desgracia? ¿No piensas en esto, hombre relajado, que te has entregado á la incontinencia, que sigues el viento de las vanidades y que vives en la tierra lo mismo que si no hubiera cielo? ¿No consideras que si prosigues tu errado camino, no verás jamás á la madre de Dios triunfante y habrás de despedirte para siempre de la que con una sola mirada regocija al cielo, de la madre de dulzura y del objeto mas amable que hay despues de Dios, por contemplar á la cual una sola vez deberiamos de despreciar la vida con todos sus gustos? Acuérdome haber leído en el Espejo de los ejemplos que un clérigo muy devoto de la virgen Maria tuvo tan ardientes deseos de verla, que no cesaba de importunarla ni de dia, ni de noche para que le mostrase su hermoso rostro, del que habia oído decir tantas maravillas. Al cabo le fué concedida su petición con la condicion de que despues de verla perderia los dos ojos. No obstante la Virgen no fué tan rigurosa con él y se contentó con privarle de uno solo; lo cual le alentó á instarla otra vez para que le concediera el mismo favor á costa del ojo que le quedaba. Mas la Virgen no solo se le concedió, sino que le restituyó el ojo perdido en vez de quitarle los dos. Es verdad que todos los dones que vienen del cielo, son preciosos y no pueden estimarse bastante; sin embargo me parece que si á mí se me hubiera otorgado uno semejante, tendria

á dicha no abrir mas los ojos hasta que pudiera verla para siempre en el cielo sin temor de perderla y gozar de los verdaderos y sólidos gustos que causa á todos los bienaventurados.

XI. Voy á terminar este discurso refiriendo una cosa muy memorable que sucedió á santa Gertrudis. Estaba en visperas un dia de la vigilia de la Asuncion, y á medida que se cantaba la antifona *Tota pulchra es, esto es, eres toda hermosa*, vió al Salvador que tenia estrechada á su madre en sus brazos y le pareció que las mismas palabras que se cantaban en el coro, salian del corazon del rey de la gloria con ánimo de recordar á su buena madre las dulces é inocentes caricias que le hiciera en otro tiempo cuando la abrazaba con sus manitas, y probablemente se congratulaba con ella por su singular hermosura diciendo las mismas palabras de los Cantares. Tambien vió la santa que de aquel divino corazon salian como de un horno encendido un millon de estrellas que centelleaban al rededor de la Virgen santísima y le daban una gracia extraordinaria, y que muchas de ellas caian en el pavimento del cielo y eran recogidas por los bienaventurados con maravillosa alegría. El corazon de Gertrudis se estremecia de gozo cuando consideraba á los santos teniendo en sus manos aquellas estrellas, admirándose de su hermosura y bendiciendo mil y mil veces al hijo y á la madre. Entonces todos juntos empezaban el responsorio: *Quæ est ista*; y despues comenzaba el Salvador el versículo: *Ista est speciosa*. Entonces fue advertido á santa Gertrudis que el corazon del príncipe de amor era como un instrumento melodioso y el Espíritu Santo le tocaba; de donde nacia un concierto de suave armonia que sería imposible imaginarse. Con esto queria Dios dar á entender á aquella alma justa que los santos del paraiso reciben gozos inefables de la gloria superabundante de su reina y madre.

XII. ¡Oh! ¿cuándo tendremos la dicha de ver estas maravillas y gozar de estas delicias? Pero ¿y quién sabe si seremos del número de esos? Así lo espero de tu bondad, oh madre de misericordia, y despues de tantos beneficios de que te soy deudor eternamente, me atrevo á pedirte este como corona y complemento de los otros, y me prometo ser recibido por tu mediacion en la compañía de aquellos que se ocupan por un especial deber en cantar siempre jamás tus alabanzas.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TÍTULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

Como he protestado desde el principio que no quiero indagar en este primer tratado otras excelencias, ni otras grandezas de la madre de Dios que las que le tocan tan solamente, sin apuntar siquiera aquellas que nuestro interés nos hace en cierto modo mas gratas, no traspasaré esos límites en este último capítulo, destinado únicamente á recopilar las obligaciones que por todos los títulos dichos tenemos de amarla, honrarla y servirla.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

No tengo ahora gana de aglomerar consideraciones para hacer amar á la Virgen santísima: prefiero que el espíritu humano dé rienda suelta á sus deseos y me diga qué objeto de amor puede apetecer una pura criatura que no se encuentre en ella con perfeccion. Con efecto, si pide hermosura, acuérdesese que en el capítulo VI la consideramos la mas hermosa y agraciada entre las hijas de Jerusalem y aun entre las hijas de los hombres. Si

quiere una índole excelente; sepa que la madre de Dios es la idea y el modelo de ella, bastando para prueba lo que nos dicen los doctores y dejamos citado en el mismo capítulo. Si se deleita en los frutos que nacen de un entendimiento aventajado como de un árbol bueno; lea lo dicho en el mismo lugar y hallará motivo de amar cordialmente á la que fué favorecida por Dios con tanta liberalidad. Si su voluntad es atraída por la virtud como por un fuerte iman; sabrá por lo poco que apunté en el capítulo X, que la virtud de esta señora remonta su vuelo mas que el águila real, siendo de admirar especialmente su singular humildad, su grandísima pureza, su mansedumbre, su afabilidad y su magnanimidad, que parece llevarse el precio entre las virtudes mas amables. Si pide nobleza; la de la Virgen santísima (hablo de la temporal) es tan gloriosa como la que mas, segun manifesté en el capítulo VI; y en cuanto á la espiritual es cosa cierta que el parentesco que tiene con las tres personas de la beatísima Trinidad, de que discurri en los capítulos I, IV y V, la ensalza indeciblemente sobre todo lo criado. Si teme ser sorprendido y quiere seguir el ejemplo de los otros verá pasar delante de él á los personajes mas eminentes de todos los siglos y á los ingenios mas aventajados del mundo tan inclinados á amarla, que el mayor pesar que tenian, era de amarla poco. ¿Qué mas puede desearse?

De las obligaciones que tenemos de honrarla.

¿Qué decis del arbitrio que discurrió para distinguirse uno de los hombres mas ambiciosos de que nos habla la historia? Aludo á Aman hinchado de soberbia, que aspirando á subir de un golpe al puesto mas eminente y visible aconsejó al rey Asuero vistiese la púrpura real á aquel á quien queria honrar, le pusiese la diade-